

TEXTO

LUCAS 2,22-52

«²²Y, cuando fueron cumplidos los días de su purificación según *la ley* de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor ²³-como está escrito en *la ley del Señor*: Todo varón que abre la matriz será llamado santo *para el Señor*-, ²⁴y para dar una ofrenda, según está dicho en *la ley del Señor*: un par de tórtolas o dos pichones.

²⁵Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado **Simeón**. Este hombre era justo y piadoso, aguardando el consuelo de Israel y *el Espíritu santo* estaba sobre él. ²⁶Y le había sido revelado por *el Espíritu santo* que no vería la muerte antes de haber visto *al Mesías del Señor*.

²⁷Y vino al templo [movido] por *el Espíritu*; y al conducir **los padres al niño Jesús** para hacer lo prescrito por *la ley* sobre él, ²⁸él lo recibió en sus brazos y bendijo **a Dios** y dijo: ²⁹“Ahora, **Señor**, dejas a tu siervo marcharse en paz según tu palabra. ³⁰Porque mis ojos han visto *tu salvación* ³¹que has preparado frente a todos los pueblos, ³²luz de las naciones para la revelación y gloria de Israel tu pueblo”.

³³**Su padre y su madre** estaban asombrados de lo que se decía de él. ³⁴Y **Simeón** los bendijo y dijo a **María su madre**: “He aquí que este está puesto para la caída y la puesta en pie de muchos en Israel y para ser un signo de contradicción. ³⁵Y a ti, una espada te traspasará el alma. Así se manifestarán los debates de muchos corazones”.

³⁶También había **una profetisa, Ana**, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad avanzada: después de haber vivido siete años con su esposo, ³⁷había quedado viuda hasta los ochenta y cuatro años; la cual no se apartaba del templo, participando en el culto noche y día con ayunos y oraciones.

³⁸Y, llegando en aquel mismo momento, se puso a alabar **a Dios** y hablaba de él [del niño] a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

³⁹Cuando acabaron todo lo que prescribía *la ley del Señor*, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.

⁴⁰**El niño** crecía y se robustecía, lleno de sabiduría, y la gracia **de Dios** estaba sobre él.

⁴¹Y **sus padres** iban cada año a Jerusalén para la fiesta de pascua. ⁴²Y, cuando tuvo doce años, subiendo ellos según la costumbre de la fiesta ⁴³y habiendo terminado los días [de la fiesta], al volverse ellos, **el niño Jesús** se quedó en Jerusalén y no lo supieron **sus padres**.

⁴⁴Pensando que él estaba con sus compañeros de viaje, hicieron un día de camino y le *buscaban* entre sus parientes y conocidos, ⁴⁵y, al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén *buscándolo*.

⁴⁶Y cuando pasaron tres días lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, *escuchándolos* y *preguntándoles*. ⁴⁷Todos los que lo oían se extasiaban por su inteligencia y sus respuestas.

⁴⁸Y, al verlo, se llenaron de asombro y le dijo **su madre**: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto: he aquí que **tu padre y yo** te *buscábamos* angustiados”.

⁴⁹Y les dijo: “¿Por qué me *buscabais*? ¿No sabíais que es necesario que yo esté junto a **mi Padre**?”.

⁵⁰Y ellos no comprendieron la palabra que les hablaba.

⁵¹Y bajó con ellos y fue a Nazaret; y estaba sumiso a ellos; y **su madre** guardaba todas estas cosas en su corazón.

⁵²Y **Jesús** progresaba en sabiduría y en estatura y en gracia ante **Dios** y ante los hombres».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (2,22-40)

- El cumplimiento de la ley sigue siendo para Lucas el marco en que ha de situarse lo extraordinario: la última profecía. La historia de la salvación no surge de la nada, sino de la observancia fiel y cotidiana de la ley. No la provoca, sin embargo, la obediencia humana, que no constituye más que su marco, su terreno. La salvación solo puede ponerla en movimiento el Espíritu de Dios. Después de las tres menciones de la ley, resuena también en tres ocasiones la palabra Espíritu. La ley y el Espíritu ciertamente se oponen, pero también se interpenetran, lo mismo que la antigua alianza (el anciano Simeón) y la nueva (el niño).
- Vv. 22-24: Lucas antepone las cualidades narrativas a la precisión jurídica, pues la presencia del niño no es necesaria para la purificación de la madre, y además el rescate del primogénito no estaba ligado al templo. Pero la cita libre de Ex 13,2.12.15, en el v. 23, muestra que Lucas no piensa tanto en el rescate como en la convicción profunda de la pertenencia del recién nacido al Señor. Encontramos aquí un antiquísimo tema cristológico: Jesús como «santo». La cita libre (v. 23) confirma este título («será llamado santo», como en 1,35). Lucas le da a este motivo cristológico su forma concreta, presentando a Jesús en el templo en carne y hueso. Lo «santo», la presencia de Dios, pasa del edificio del templo a la persona de Jesús.
La ofrenda de Jesús al Señor, «dar a Dios lo que es de Dios» (20,25), se narra según el modelo de Samuel. También la segunda cita (v. 24) está hábilmente escogida: el par de tórtolas o dos pichones era lo establecido para la madre (Lv 12,8), pero este mismo sacrificio era exigido en caso de contaminación del *nazir* (Nm 6,10), es decir, de un hombre que, como Samuel (o Jesús), había sido consagrado al Señor. Nuestro relato pone el acento en el hijo más que en la madre. La insistencia de Lucas en la ley no valora la observancia en sí misma, sino que prepara la próxima etapa de la historia de la salvación, el paso de la ley a Cristo.
- Vv. 25-26: La fórmula «he aquí» hace surgir la sorpresa en pleno desarrollo del rito, el acontecimiento en medio de la institución. No se nos dice que Simeón fuera sacerdote, ni la edad que tenía. Al contrario, se nos indica solemnemente su domicilio, Jerusalén (según la escritura sagrada de este nombre), su nombre («Dios ha escuchado») y sobre todo su piedad. Es «justo» y «piadoso», que «teme a Dios», que «respete los mandamientos». Se parece entonces a Zacarías y a Isabel, que eran fieles en la observancia de la ley (1,6).
Paráclisis («llamada urgente», «exhortación», «consolación») recibe aquí un matiz claramente escatológico y tiene el significado religioso de «consuelo». Como la profetisa Ana y sus oyentes, Simeón es de los que esperan un signo; espera en Dios, no en propio beneficio, sino para el pueblo de Israel. El mensaje de Lucas es impresionante en su simplicidad: la fe en Cristo es la respuesta legítima a la espera igualmente legítima de los judíos. Para Lucas, la presencia constante del Espíritu santo (cf. 1,41.67) da a estos creyentes atentos el aval del Señor.
No basta la descripción de Simeón. En el v. 26 Lucas se retrotrae a un antiguo oráculo dirigido a Simeón. Las instrucciones divinas están a menudo relacionadas con la muerte, tanto en Israel como en Grecia (cf. Hch 21,11; Rm 14,8). Tanto la muerte como la vida tienen que ver con la historia de la salvación.
- Vv. 27-32: Se produce el encuentro: el Espíritu santo, que provocó la promesa (v. 26), realiza ahora su cumplimiento (v. 27). La escena se desarrolla en el área del templo, que comprendía el santuario propiamente dicho y sus diversos patios (el término usado se refiere al «área del templo»). Después de hablar del pasado de Simeón, Lucas introduce a los padres de Jesús y conduce rápidamente la acción a su punto crucial.

La acción se reduce a lo esencial; lo que cuenta es el contacto entre el anciano y el niño: Simeón no lo «toma» en sus brazos, sino que lo «recibe». En un gesto maternal, lo llevará «en sus brazos». Uno tiene la muerte ante sí, el otro la vida. Sin embargo, Simeón está lleno de gozo, como demuestra su cántico. Así es como en el tiempo de la Iglesia el pueblo judío debiera aceptar el mensaje cristiano. Pero, ya en 4,24, Lucas hace decir a Jesús que ningún profeta encuentra acogida (el mismo verbo) en su patria. Este tema de *la acogida de Jesús, de su mensaje, de sus discípulos, es central* en el tercer evangelio. El gesto de Simeón es *un acto global*: intervienen toda su persona, su cuerpo, su vida interior, sus pensamientos y sus sentimientos.

Al gesto sucede la palabra, una bendición de acción de gracias. El evangelista concibe a Dios como un *despótes*, es decir, como el amo y poseedor de un esclavo o de un *doulos* («siervo»). Se reconoce así la relación jurídica entre Dios y el ser humano, pero se establece entre el Señor y Simeón algo muy distinto de una relación jerárquica: Dios va a dejarle ir en paz.

«Ahora», lo mismo que «hoy», es la señal del momento crucial de la historia de la salvación. Dios actúa tanto en el mundo (v. 32) como en el individuo (v. 29); su finalidad, así como su instrumento, es *la paz*.

En el v. 30 comienza la segunda parte de la plegaria, que explica por qué Simeón puede aceptar su muerte y cuál es el motivo de su acción de gracias: *ha visto la salvación*. Es verdad que nunca puede verse a Dios, pero pueden contemplarse sus obras en la historia. El texto hace evidente un hecho: la cristología («el Ungido del Señor», v. 26) lucana es ante todo soteriología («tu salvación», v. 30). La obra escatológica de Dios es la «salvación», la salvación como liberación y como bienestar. La raíz *sao-* («intacto») *reaparece continuamente en Lucas* como expresión del evangelio. La salvación es independiente del comportamiento de los humanos; sin embargo, estos tienen que reaccionar ante su realidad objetiva y apropiársela subjetivamente. La salvación se coloca aquí entre dos términos análogos: el «consuelo de Israel» y la «liberación de Jerusalén».

La «preparación» se describe, en Lc 1-2, de forma narrativa, mediante dos gestaciones, y lingüísticamente, por los verbos «equipar» en 1,17, «preparar» en 1,17.76 y, aquí, 2,31. El autor piensa en la revelación de la salvación, proyectada antaño y realizada ahora. Mientras que la preparación tenía lugar ante el pueblo, el cumplimiento tiene lugar para él, tal como se indica en la tercera parte del cántico (v. 32). El vocabulario es de nuevo el del AT, especialmente del Déutero-Isaías (Is 42,6; 49,6; cf. también 46,13; 60,1-3).

La salvación escatológica se describe aquí como «luz». No nos vemos arrancados de la historia, del sufrimiento y de la muerte; pero, por revelación divina, podemos comprender nuestra situación y nuestro porvenir. *Doxa* es aquí, ante todo, la «gloria», el «esplendor» de Dios que, como hizo antaño en el rostro de Moisés, se refleja ahora en Israel, si lo acoge.

- Vv. 33-35: Como en el cántico de Zacarías, tras la alabanza general viene un pasaje muy personal (2,34-35; cf. 1,76-79). El paralelismo de la madre y del hijo (2,34-35) recuerda la bienaventuranza de Isabel (sobre todo 1,42). Los lectores raras veces observan el contraste entre el himno (vv. 29-32) y el discurso privado dirigido a María (vv. 34-35): por un lado, la paz y la luz; por otro, la espada y el sufrimiento. Con estos dos discursos, el anciano toma conciencia de sus contradicciones interiores y las asume. Tan solo luego puede irse en paz, es decir, superar sus contradicciones y reconciliarse consigo mismo.

En el paralelismo «para la caída»... «para ser un signo», el segundo término puede servir de clave al primero. Ante este signo se dividirán los espíritus. La caída concierne a unos y la elevación a los otros. La Escritura (en este caso ciertamente Is 8,14, aunque no se cite) es el trasfondo de esta idea, como ocurre a menudo en este capítulo: Dios, roca protectora, se convierte en piedra de tropiezo. La idea de la caída y de la elevación, así como las de piedra de tropiezo y signos, están por tanto inspiradas en Is 8.

El v. 35a plantea graves cuestiones. El término que traducimos por espada se refiere a una espada recta con doble filo, distinta de otro término traducido igual, referido a una espada curva de un solo filo: la traducción griega de la Biblia, los LXX, utilizan ambos términos como sinónimos, en particular como metáforas para designar el juicio de Dios. La palabra no simboliza aquí ni en otros lugares de Lucas, el castigo. La obra pública de Jesús tendrá consecuencias personales: esto es lo que discretamente se le predice a María. El Mesías presente (vv. 26.30) será un Mesías sufriente (9,22 y Hch 26,23) y su madre tendrá parte en sus sufrimientos.

- Vv. 36-38: Las descripciones de Simeón y de Ana, aunque simétricas, son totalmente distintas. El hombre está presentado mediante su espiritualidad y la mujer está descrita aquí por lo exterior. Ana recibe su identidad de sus orígenes (v. 36a), de su edad (36b) y de su papel social y religioso (vv. 36c-37). Esta diferencia literaria refleja sin duda la diferencia de estatuto sociológico entre el hombre y la mujer en el judaísmo de aquella época. ¿Será este el motivo de que Lucas silencie el discurso de Ana? Ana es la forma griega de un término hebreo que significa «favor», «gracia», y nos recuerda a la madre de Samuel y a la esposa de Tobit. La descripción de Ana como profetisa es particularmente interesante. El AT no conoce más que cuatro profetisas (María, hermana de Moisés; Débora; Hulda y la mujer de Isaías) y el NT dice muy poco sobre las mujeres profetas (Hch 21,9 y 1Co 11,5). Para Lucas, Ana se encuentra, lo mismo que Juan Bautista y Simeón, en el quicio entre las dos alianzas: los tres son todavía profetas y no testigos, pero forman ya parte de la floración espiritual de los últimos tiempos (cf. Hch 2,17). En el v. 38 la acción comienza de forma paralela al v. 27: «en aquel mismo momento». Ana no es una espectadora pasiva, sino que entona plegarias. Tras la plegaria viene la profecía. «La liberación» significa, desde el punto de vista histórico-salvífico (tradición del Éxodo), jurídico (Rut 3,12-4,14) y litúrgico (en contexto cultural), la liberación escatológica.
- Vv. 39-40: Lucas no quiere ni puede decirnos más a propósito de Ana. Después de una fórmula de conclusión (cf. 7,1; Hch 13,29), reconduce a la familia a su casa. Un solo versículo sirve para recapitular los doce años de la infancia de Jesús (cf. 2,42). El vocabulario y la simetría con la historia de Juan (1,80) indican que este versículo es obra de Lucas, que redactará un sumario análogo al final del próximo episodio (2,52). Las palabras «y el favor (o la gracia) de Dios estaba sobre él» (cf. 2,25) subrayan la asistencia divina. El Señor se preocupa por él no solo porque lo ama, sino porque tiene un designio para él. Sostenido de este modo, Jesús crece y se robustece. No sabemos nada más; seguramente tampoco sabía más Lucas.

SEGUNDA UNIDAD (2,41-52)

- Esta perícopa está encuadrada entre dos sumarios (2,40 y 2,52), que llaman ambos la atención sobre la sabiduría y la gracia. Así pues, el autor considera el episodio como un ejemplo de esta sabiduría y de esta gracia. Esta perícopa es un modelo de simetría concéntrica: al viaje de ida (vv. 41-42) (A) responde el viaje de vuelta (v. 51a) (A'). A la estancia no prevista de Jesús en el templo (v. 43) (B), la réplica no comprendida de Jesús (vv. 49-50) (B'); a la búsqueda del niño (vv. 44-46a) (C), el reproche de los padres preocupados (v. 48) (C'). El centro de la perícopa sería la posición de Jesús ante los doctores (vv. 46-47) (X). La palabra «en medio» se encuentra efectivamente en el centro mismo del texto, con 85 palabras delante y 84 detrás. Pero este plan no da cuenta suficientemente *del movimiento del relato*, que deriva su tensión dramática de la oposición entre el programa de los padres y el del hijo: la voluntad de los padres tiene que ver con la ley; la voluntad de Jesús, con la revelación.
- Lucas es el único evangelista que nos cuenta algo sobre la juventud de Jesús. El episodio tiene importancia como conclusión del evangelio de la infancia y como transición entre la natividad y la aparición pública del Mesías. En esta transición, este relato atestigua la relación del Padre con el Hijo, en una línea que va de la anunciación (1,35) hasta el bautismo de Jesús (3,21-22). Como ocurre siempre en Lucas, la teología se ve envuelta en la narración: el v. 49 puede considerarse como la descripción teológica de la vida entera de Jesús, aunque esta sentencia no sea a primera vista más que la respuesta de un hijo a su madre.
- Vv. 41-45: El relato no es ni anti- ni pro-judío. Los padres de Jesús son personas piadosas, lo cual es algo comprensible y hasta respetable tanto para los judíos como para los paganos. En cuanto a Jesús, un chico de doce años es ya ciertamente un *pais*, un «muchacho», pero -a diferencia de las chicas- no es todavía mayor. Si se considera a Jesús adulto la historia pierde su chispa: siendo niño, Jesús tenía ya la sabiduría de los adultos.

¿En qué momento empiezan los padres a buscar a Jesús? ¿Cuándo se dan cuenta de que no está con ellos? ¿Inmediatamente o por la tarde, al terminar la jornada de viaje? La actitud dramática del relato nos inclina por la segunda solución. La búsqueda no se hace necesaria más que al terminar la jornada, cuando la inquietud invade su corazón. «Entre los parientes y conocidos» recuerda otros pasajes de Lucas (1,58; 14,12; 21,16; Hch 10,24). El v. 45 está en paralelismo antitético con el v. 43: cuando los padres emprendieron el viaje de regreso, el niño se quedó en Jerusalén. Y cuando no lo encontraron, volvieron a Jerusalén. Con el participio presente traducido por «buscando» Lucas dibuja a sus padres investigando en cada uno de los grupos con los que se encuentran.

- Vv. 46-47: «Y ocurrió» marca un corte: después de la búsqueda, el encuentro. «Después de tres días» no alude a la resurrección, que en Lucas tiene lugar «al tercer día»: 9,22; 18,33; 24,7.46; Hch 10,40), sino que da simplemente una indicación aproximativa. La sorpresa consiste en que los padres no encontraron a su hijo en un lugar cualquiera. Por segunda vez, el programa de Jesús desbarata los cálculos de sus padres: se ha instalado en el templo. La discusión que sigue está llena de malentendidos: ¿por qué te has quedado? - ¿por qué me buscabais?

«En el área del templo», «en medio de los doctores» precisa la indicación de lugar (cf. 1,39). El lugar reservado a la enseñanza era entonces la *stoa*, el pórtico. Lucas piensa sin duda en el pórtico de Salomón (Hch 3,11; 5,12.21.25) y en la sabiduría bien conocida de aquel rey (Lc 11,31). El primer debate de Jesús con los maestros de Israel no puede tener lugar en la pequeña sinagoga de Nazaret, sino que tiene que desarrollarse en el templo célebre de la ciudad santa, adonde Jesús se dirige con ocasión de una fiesta. La escena nos muestra una docta asamblea de maestros. Lucas necesita este *espectáculo*: el círculo de doctores y Jesús, acogido entre ellos como un igual. El que los maestros lo traten como a un igual demuestra la sabiduría del niño, cuyo método consiste *en escuchar primero y en preguntar después*.

El v. 47 supone la presencia de un público. Este versículo desarrolla el motivo de la sabiduría: el niño Jesús se atreve incluso a responder a las cuestiones difíciles de naturaleza religiosa. Conoce la voluntad de Dios sin haber pasado por la enseñanza rabínica. Detrás de esta idea asoma la polémica contra los intelectuales judíos que se burlaban de la falta de instrucción de Jesús. Por la palabra «inteligencia», Lucas no define solamente la naturaleza de las respuestas, sino toda la persona de Jesús. Es la facultad de captar las relaciones entre las cosas y de sacar conclusiones; esta palabra puede traducirse por «inteligencia», «comprensión», «juicio». En los Setenta y especialmente en la literatura sapiencial, designa frecuentemente el acierto en la visión de las cosas alimentado por la fe, convirtiéndose casi en sinónimo de sabiduría. En la tradición bíblica, el hombre o la mujer no posee la sabiduría por sí mismo, en su autonomía de criatura, sino que la recibe al conformarse con la voluntad divina.

- Vv. 48-49: El v. 48 recoge el disgusto humanamente comprensible que la actitud de Jesús representa para sus padres y el dolor de los mismos. El que sea la madre, y no el padre, quien habla se debe a la perspectiva mariana del evangelio de la infancia en Lucas. El texto va ciertamente en el sentido de una elevada cristología, pero encierra también una importante consideración de la encarnación. En efecto, Lc 1-2 es un testimonio de la encarnación, igual que la pasión y Getsemaní. Se nos muestra al niño en pleno proceso de crecimiento (cf. 2,40) y en el progreso de una autonomía que se va afirmando (v. 43). No hace lo que quieren sus padres y sí lo que ellos no esperan. Ellos sufren por esto; cualquier madre comprende lo que siente María: hijo mío, ¿por qué has hecho esto con nosotros? Y Jesús se encabrita como un adolescente, defiende sus opiniones con todo el desenfado de los jóvenes. ¡Cuántas veces pasa esto en un conflicto de generaciones: la discusión acaba sin que los padres hayan comprendido a su hijo! ¡Y el padre permanece mudo! En el plano del mensaje teológico, los elementos narrativos de este v. 48 expresan la viva reacción que los que comprenden tan solo a medias pueden sentir ante la novedad de la revelación. La gente de Nazaret, más violenta, reaccionará del mismo modo (4,16-30). El conocimiento de Dios no es un asunto meramente cognoscitivo, sino también fuertemente emocional.

«¿No sabíais que es necesario que yo esté junto a mi Padre?» es difícil de interpretar desde antiguo. Son posibles varias interpretaciones, pero parece preferible esta: como Lucas siente cierta debilidad por el doble sentido, esta expresión se desliza desde la antítesis local (junto a su Padre celestial y no junto su padre terreno) hasta la afirmación de una participación de Jesús en los asuntos de su Padre celestial. Una respuesta enigmática encaja muy bien en el género de la anécdota. El presente *dei* («es preciso») anuncia, más allá de esta escena, el destino de Jesús, asumido por él y querido por Dios. Los padres deberían haber conocido este compromiso duradero de su hijo con Dios. Con su respuesta enigmática, Jesús le confiere un valor simbólico a su comportamiento; la estancia inesperada en el lugar santo se convierte en la parábola de toda la obra del Mesías.

A la doble reacción de la madre (v. 48), responde formalmente la doble sentencia del Hijo (v. 49a y v. 49b).

- Vv. 50-52: Lucas devuelve la familia de Jesús a la esfera del judaísmo fiel a la ley. Los padres no comprenden esta «palabra» del v. 49, y regresan a Nazaret. Jesús permanece sumiso a ellos, cumpliendo así el mandato de Ex 20,12. El giro perifrástico con el participio presente pasivo (literalmente «permanecía sumiso») subraya la duración.

Lucas amplía a continuación el horizonte por medio de un sumario (un resumen). María mantiene la misma actitud que doce años antes. La frase recuerda 2,19, pero actualiza también una fórmula bíblica (cf. Gn 37,11). Lo mismo ocurre con Jesús. El v. 52 da la impresión de un estribillo, que ya hemos oído en el v. 40 y que recuerda a 1Sm 2,26. Pero esta vez, no se trata tanto del periodo de crecimiento (2,40) como del periodo de progreso («alargar», «progresar»), aun cuando entre «sabiduría» y «gracia» que encontrábamos ya en el v. 40, se desliza «talla corporal», «estatura». A *gracia*, término de relación, se añade «ante Dios»: la gracia de Dios y la simpatía humana reposan en este niño que se desarrolla sin traba alguna.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?